

dominando por la habilidad y la simulacion del mundo que no podian someter por la autoridad y por la fuerza.

El partido jesuítico, omnipotente desde 1848 en Roma, no queria el Concilio, sino para afirmar la infalibilidad personal del Papa. Y si el Papa es verdaderamente infalible, los Obispos están demás en el mundo, los Concilios demás, la Iglesia demás; basta con el Papa. Y el espíritu del Papa no podia ocultarse á nadie desde las declaraciones del Syllabus. Quería una reaccion ciega, universal, contra la cultura moderna; queria acabar con el derecho de los individuos á la libertad de su conciencia y á la propiedad de su pensamiento; queria destruir la nueva familia civil nacida de la revolucion y fundada en la tolerancia; la secularizacion de la Escuela, del Estado, de la Universidad; la independencia de la moral que reúne en principios y leyes universales á todos los hombres; la luz de la prensa y de la tribuna, que no sólo esclarece sino que tambien vivifica á los pueblos; las bases de nuestra política, á saber, la soberanía del individuo y la soberanía nacional; el espíritu de nuestra ciencia, su aspiracion incontrastable á oír solamente la voz de la razon, en fin, todos los elementos que son como el oxígeno del aire en que respira nuestro espíritu.

Jamás una sociedad estuvo en pugna tan abierta con una religion. Jamás una religion se opuso tan fuertemente al desarrollo de una sociedad. No parece sino que intentaba ahogarla. Si el paganismo, á pesar de los grandes principios metafísicos y morales, con que supo renovar casi completamente la escuela de Alejandria, no pudo satisfacer á la nueva sociedad que traian los germanos, ¿podria satisfacer ese catolicismo estrecho, invasor, el que abrasó á Giordano Bruno, el que arrancó los ojos del alma á Galileo, el que condenó á Descartes, el que excomulgó á la moderna democracia; podria este catolicismo satisfacer á la nueva sociedad fundada en prin-

cipios incontrovertibles de justicia? Así no era maravilla que durante la preparacion del Concilio, Doellinger no estuviera solo en la tarea de anunciar los males que iba á desencadenar sobre la Iglesia el empedernido egoismo y la incurable ceguera de la escuela jesuítica, combatida por los prelados de ánimo más varonil y corazon más entero. El prelado de París publicaba una pastoral de despedida á los fieles de la gran metrópoli. El espíritu y hasta el acento de Bossuet vibraban en sus períodos. Su objeto capital era tranquilizar los ánimos inquietos que ya veian una proclamacion súbita, instantánea, unánime de la infalibilidad del Pontífice. El prelado decia que esto no era posible, que la proposicion iba á ser discutida. Y al decir discutida indicaba bien que iba á ser contrariada. El Obispo de Orleans estaba más explícito, porque, si bien ménos galicano, fué tambien siempre por temperamento mucho más batallador y vigoroso. Así es que perdía en aquel momento, como en los tiempos en que contendiera con el ultra-catolicismo de Donoso Cortés, todo cuanto ganó criticando acerbamente la política de Napoleon y de Victor Manuel en Italia. Llegaba á decir en su pastoral que la Iglesia no hubiera perdido una de sus porciones más ilustres, la raza anglo-sajona en tiempo de Enrique VIII, si las cóleras personales del Papa fueran moderadas y refrenadas por la divina prudencia de la Iglesia. ¡Oh vitalidad de la discusion! Hacia pocos años, cuando el Papa se entregaba á la inspiracion de su conciencia aislada en la cima del mundo católico y el ejercicio de su autoridad absoluta, salian de sus lábios sentencias de muerte que nadie contradecia y bajaban de sus manos abiertas furiosamente excomuniones que nadie contrastaba; mas desde la hora en que iba á reunirse un Concilio, y en él á desplegarse, siquier temporal y brevemente, el humano principio de controversia, elevábase la verdad de los lábios de los Obispos más sumisos al trono

inefable de los Pontífices. La discusion producía con sus choques relámpagos de verdadera luz y calor de verdadera vida.

El espíritu de discusion agitaba por estos dias á la Iglesia con una agitacion saludable. Los Obispos españoles de uno y otro continente y los Obispos italianos se mostraban muy sumisos, pero los Obispos franceses muy diuididos. Una gran parte de ellos se inclinaba al galicanismo, á esa variante del protestantismo. Esta inclinacion tan propia de los Obispos franceses y de sus tradiciones sembró ciega cólera en los Obispos ultramontanos, y sobre todo en el jefe del más exaltado ultramontanismo, en el Obispo de Malinas. Las ideas y aun la persona del Obispo de Orleans fueron horriblemente maltratadas. El Obispo de Orleans quiso contestar cuando ya estaba en Roma, en la Roma sometida al Papa. Pero en Roma no habia imprenta capaz de publicar libros contrarios al pensamiento del Papa, aunque esos libros fueran obra de un Obispo. Y el maltratado tuvo que refugiarse en las imprentas de Nápoles. ¡Oh libertad! ¡Cómo te necesita siempre el pensamiento humano! ¡Donde no estás tú, está el desierto moral! Ese Obispo, que tanto maldijo las revoluciones italianas, debia á las revoluciones italianas la defensa de su honra y de su conciencia. ¡Oh libertad! Solamente la injusticia, solamente el error pueden desconocerte y huírte.

El Obispo de Orleans probaba en su defensa que la hora de la convocatoria no era oportuna para definir la infalibilidad de los Papas; que tal dogma iba á suscitar cuestiones históricas y cuestiones teológicas peligrosísimas para la fé; que habia dificultad casi insuperable en enumerar las condiciones en que el Papa pudiera ser infalible; que en su persona no pueden separarse el doctor privado del Pontífice; que el dogma habia de tener efecto retroactivo y la virtud de la infalibilidad dilatarse hasta los primeros Papas cuando el género humano sabe la existencia de varios

Papas herejes; y que, por estas y otras muchas razones, aconsejaba prudencia, no alarmar al mundo con proposiciones que pudieran fomentar la heregia, traer un cisma y dividir en partidos enemigos el seno de la Iglesia.

La irritacion producida en Roma por tales escritos fué inmensa, de una intensidad infinita. En medio de estas disputas teológicas, á los comienzos del Concilio, murió un varon ilustre, muy adherido al sentir del Obispo de Orleans. Este ilustre varon era el conde de Montalembert, tan conocido en el mundo por sus hercúleos trabajos en el empeño de reconciliar el Catolicismo con la libertad. Roma debia al conde de Montalembert profunda gratitud. Cuando los grandes talentos, las grandes palabras, que el mundo moderno ha engendrado, le eran hostiles, él habia puesto á su servicio altísima elocuencia y ánimo templado para los combates. El dia en que su amigo del alma Lamennais se apartó de la Iglesia, el conde de Montalembert se quedó en su seno, á pesar de que el ilustre escritor, á quien se ha llamado el último padre de la Iglesia, llevábase consigo la mitad de su alma. El año 49 promovió en la Asamblea francesa desde la tribuna, con su elocuencia fulminante, aquella intervencion, que devolvió al Papa su corona terrestre.

Mas el conde habia querido ver la libertad moderna unida al antiguo Catolicismo. Eso es imperdonable. Para Roma no hay más religion que aquella religion autoritaria, que degradando la conciencia y entregándola esclava á un Papa, y degradando la voluntad, y sometiéndola sierva á un rey, suprime casi de la tierra al género humano, convirtiéndolo en docilísimo autómatas. Los Obispos liberales no pudieron consagrar solemne oficio de difuntos al animoso escritor. El Papa no quiso presenciar tan significativa manifestacion contra su soberbia infalibilidad.

Así, mientras todos los padres se hallaban reunidos en las primeras sesiones del Conci-

lio, el Papa se deslizo como quien se oculta en una apartada Iglesia, y allí, á hurtadillas, asistió á un oficio solemne por el alma del conde de Montalembert, oficio celebrado en medio de la mayor soledad. ¡Triste y pavorosa enseñanza para todos aquellos que todavía sueñan hoy con reconciliar el absolutismo del Pontificado y los inviolables derechos de la conciencia humana!

Desde las primeras sesiones comenzó á mostrarse sorda resistencia á las tentativas jesuíticas: grande, irreparable desengaño para la corte pontificia. El Papa imaginaba que, reunidos los Obispos, la declaracion del dogma de su infalibilidad inmanente seria obra de una sola sesion. Figurábase que la antigua autonomía de la Iglesia de Oriente estaba muerta y muerta la tradición galicana, y muerto ese espíritu de independencia germánica, tan opuesto por siglos de siglos al poder romano. En su confianza creia abolido el Episcopado, reunidas todas las Iglesias en la Iglesia de San Pedro, su conciencia personal puesta en reemplazo de la conciencia humana, y su propio sér, elevándose sobre las tristes condiciones de nuestra naturaleza, hasta el esplendoroso trono de la divinidad, como único sér, despues de Dios, omnipotente é infalible. Pero el primer obstáculo á sus pensamientos lo encontró dentro de las Iglesias que creia á su pensamiento más adictas. En su lucha con la ciencia y con el liberalismo contemporáneo los Obispos de todas las naciones habian exagerado la autoridad del Papa. Roma imaginaba que solo existian ya en el mundo Obispos ultramontanos. Cuantas veces habia reunido el episcopado, otras tantas lo habia encontrado á su vozsumiso, á su autoridad dócil, formando por su fuerte organismo un solo cuerpo animado de un solo espíritu, que era el espíritu mismo del Papa, como si su alma se hubiera trasfundido por toda la Iglesia. Así á un devoto que le preguntaba cómo no habia prescindido en la declaracion del dogma de la infalibilidad, á la

manera que en el dogma de la Concepcion, de esos largos expedientes canónicos; de esa embarazosísima Asamblea ocasionada á tantos disgustos y tantas dificultades le dijo Pio IX, que habia reunido el Concilio por una cuestion de delicadeza, por no declararse á sí mismo infalible. Una cuestion de delicadeza personal agitaba al mundo; encendia las conciencias; embargaba el ánimo de los gobiernos; traia al público debate los más pavorosos problemas; convocaba á los Obispos; reunia un Concilio Ecuménico, y engendrabá un Cisma. La monarquía, grande peligro en el gobierno del Estado, es mayor peligro en el gobierno de la Iglesia. El Papa se detenia ante ligerísimo escrúpulo. En la decadencia del mundo antiguo, en la muerte del paganismo, en la agonía de los dioses, los Césares que se alojaban en Roma, y veian su trono tan alto, y el mundo tan bajo, su persona idolatrada, y tan degradado el hombre, se declaraban á sí mismos infalibles, omnipotentes, inmortales, eternos, verdaderas divinidades, dignas de adoracion, y de templos. Y en verdad que no debia dejarlo por falta de idólatras. Un periódico español llegó á decir que debia ser adorado el Papá como el Santísimo Sacramento del Altar.

Cuán distantes á la verdad de aquellos tiempos en que la fé era purísima y nativa; la organizacion eclesiástica espontánea; en que la idea latia fuertemente en todas las conciencias y el verbo elocuentísimo de la buena nueva erraba por todos los lábios encendidos en los carbones del profeta; y la primacía no era el poder político artificialmente nombrado, no era la autoridad coercitiva, material, exterior de un Papa, sino la prerogativa alcanzada por el propio mérito, concedida á la alta elocuencia, á la sed del martirio, á los libros luminosos, á las grandes obras, como la obtuvieron Atanasio en Nicea, Orígenes en Alejandría, Ambrosio en Milan, Clemente en Roma.

Cualquier lector, con solo hojear la primitiva historia eclesiástica, distingue de la Iglesia

romana de hoy la Iglesia apostólica de otros tiempos, cuyos cargos son elegidos por el pueblo; la Iglesia del sufragio universal y de la disciplina republicana; la Iglesia de la fraternidad y del entusiasmo; la Iglesia del culto severo, que refugiada en las catacumbas, y perseguida por los Césares, siembra millares de ideas, como luminosos astros, en la oscura conciencia de un mundo agonizante, y envia legiones de mártires á los circos para que se sellen con su sangre y testifiquen con su muerte los sobrenaturales milagros de la virtud y de la fé.

Aunque Pedro haya tenido la autoridad pontificia, aunque haya elevado su autoridad y su nombre sobre toda la Iglesia, fuerza es reconocer que en su estrecho espíritu judío, en sus ideas reaccionarias, en su apego á la Sinagoga, se hubiera perdido el Cristianismo, mientras el humano espíritu de Pablo, que no era Papa, que no tenia otra autoridad sino la autoridad moral, abrió de par en par las puertas de la Iglesia á todas las razas, y salvó de esta suerte con la luz de sus ideas universales y el temple de su carácter severo la fé de nuestros padres.

Lo cierto es que en los tiempos divinos de la Iglesia, el obispo de Roma no tenia la autoridad que luego se arrogara, ni el Catolicismo el carácter autoritario y monárquico que hoy señala su irremediable decadencia. El Concilio de Nicea fué presidido por un obispo de Córdoba, por Osio, y no por un obispo de Roma, que ni siquiera asistió á aquella Asamblea, á la cual podríamos llamar con razon la Asamblea Constituyente del Cristianismo. Los obispos se daban entonces entre sí el tratamiento de Santidad, y sellaban hermanos. Solo denominaban padre al que era mas viejo, y no al que residia en Roma. Gobernaban la Iglesia universal por medio de los Concilios, porque la Iglesia era una República y no una monarquía. El Occidente admitia como dogmas los cánones de los Concilios de Oriente, del Concilio de Nicea, aunque detrescien-

tos diez y ocho obispos solo hubiera cuatro occidentales. El pueblo nombraba los obispos, y los obispos regian su iglesia particular en Sinodos, la Iglesia universal en Concilios. Y en estos tiempos en que el Cristianismo se divulga, Roma era la ciudad ménos consultada, la ciudad ménos creida, porque Roma aparecia á los ojos de los cristianos primitivos como la Babilonia de Occidente, sobre la cual iba Dios á verter la copa de la celeste ira; porque Roma conservaba con singular constancia culto singularísimo á la religion de sus héroes, al antiguo paganismo.

Mas ¿por qué irnos tan lejos? La primacía del Papa se ha fundado, su autoridad se ha reconocido, ha peleado el gran general de la autoridad pontificia, Gregorio VII; ha reinado el grande y feliz Inocencio III; los obispos han caido á sus plantas, la aparicion de la Reforma, lejos de contrariar esta ascension del Papa á la supremacía, la ha impulsado en los pueblos católicos; un nuevo mundo, bautizado por la Iglesia, adoctrinado por la Iglesia, ha surgido de las aguas para compensar con creces al Catolicismo de la porcion de territorio perdido en el Viejo Mundo; y el Papa llegó á una completa dominacion sobre las almas. Pero ¿tiene en el mismo siglo décimosexto la autoridad absoluta que ahora se atribuye? Distingúase entonces el episcopado español por una exaltacion tan ortodoxa como anti-papista. Arias Montano declaraba que la intervencion del Papa en el nombramiento de los obispos era de derecho humano, pero no de derecho divino, ni de necesidad absoluta. El arzobispo de Granada, Guerrero, que deslumbró al Concilio de Trento con sus luces, profesó el principio de que entre los obispos no hay superiores, de que todos, incluso el Papa, son hermanos. ¿Qué indignacion se apoderó de los obispos, cuando el legado pontificio en el discurso de inauguracion del Concilio, en vez de mentar la luz de Dios, mentó la luz del Papa, *lumen Papæ*, invocándola y pidiéndole que extendiera su áureo éther des-

de las conciencias de los fieles hasta las cimas de los Alpes, como aquella luz de la luz, de que hablaba en su evangelio San Juan y en su símbolo de la fé todos los apóstoles. El Papa tuvo que desautorizar á su legado y reconvénirle por la audacia y por la inconveniencia de sus palabras.

Lo cierto es que en diez y ocho años de lucha en que el Pontificado combatió á muerte con los ilustres obispos españoles, franceses, alemanes, y solo tuvo á su devoción los obispos italianos, á cuya mayoría sustentaba en Trento del peculio pontificio; en diez y ocho años, decíamos, no pudo conseguir que se declarara la autoridad pontificia superior al Concilio, ni siquiera su igual; y en nuestro tiempo se hace del Papa, no ya Concilio, sino toda, absolutamente toda la Iglesia. Era axiomático, lo era en la sucesión de los tiempos que sobre el Papa estaba la Iglesia con todos sus creyentes; que sobre el Papa estaba el Concilio con todos sus obispos. Y ahora el nombre del Papa se eleva como la hostia consagrada en la misa sobre la cabeza del sacerdote, el nombre del Papa se eleva hasta perderse en el cielo y confundirse con el nombre mismo de Dios. Esto puede tener la ventaja material de convertir la palabra del Papa en una revelación permanente; pero tiene la desventaja enorme de cambiar radicalmente la naturaleza de la Iglesia. La Iglesia, con el dogma de la infalibilidad pontificia, pierde toda su solidez y queda sujeta á las continuas oscilaciones de la voluntad y del pensamiento de un solo hombre. Malo, pésimo es el absolutismo político, pero no tiene comparación alguna con el absolutismo religioso que reina en las puras y serenas regiones de la conciencia. Allí el absolutismo desarraiga el pensamiento en su germen, despoja la personalidad de alma, y el alma de libertad moral, que es como despojarla de la vida. Los gobiernos europeos, fundados en principios opuestos á los principios eclesiásticos, debían suscitar graves dificultades al Vati-

cano antes y después de la reunión del Concilio.

Muchos de ellos habían pensado gravemente en demandar el privilegio que tuvieron los antiguos reyes, la asistencia al Concilio por medio de sus delegados. Pero el Papa se negó resueltamente á acceder á esta demanda. Hubiérase podido creer que se negaba en nombre de la libertad de la Iglesia y de la separación necesaria entre los poderes para conservar cada cual su esfera propia; negábase en virtud de aquel antiguo principio de dominación exclusiva, de absoluta autoridad, de supremacía sobre los poderes civiles; principio que de prevalecer en la conciencia y en la historia, empujaría al mundo, de retroceso en retroceso, hasta el antiguo Oriente y sus monarquías sacerdotales. Por consecuencia, el Papa se encontraba en la cima del mundo religioso aislado y solo, como el Dios del Koran allá en la cima del Universo; los poderes políticos y civiles de la tierra apartados de su contacto, y sin disputarle ni siquiera la histórica jurisdicción que guardaron sobre las conciencias; los obispos de la Iglesia universal reunidos, congregados en torno de su persona; puestos unos de rodillas y otros en contemplación estática, como los pintores ponen á los ángeles en torno á la figura de Cristo ó de María, sumisos y atónitos; puesto que se acercaba el instante de dejar el Papa en su trono las materiales cadenas ceñidas á nuestra naturaleza por el límite, y de convertirse en sér infalible, impecable, no sabemos también si en sér eterno, como los antiguos dioses.

A muchas almas piadosas, disgustadas del positivismo que se había apoderado de la Iglesia les alentaba el pensar que la discusión libre abriría nuevos horizontes á la idea religiosa. ¡La discusión libre! Pero estaban todas las medidas tomadas para que no pudiese haber ningún género de libertad. La presidencia era una delegación pontificia; la mesa de pontificio nombramiento. El derecho de ini-

ciativa, el primer derecho de todo miembro de una Asamblea deliberante, quedaba desconocido y negado. Llevaban los jesuitas del Vaticano un cuestionario en el cual se apuntaban todos los problemas, y el método para debatirlos, y el tiempo de duración de los discursos, y las censuras que iban á pesar sobre estos discursos; y aun después de pronunciados con estas limitaciones, las reservas que exigían y la precaución que se debía emplear en darlos á la estampa á esta herética máquina de propagar todas las ideas. Un sacerdote chusco, enamorado de la vena antigua que tenían los padres del Renacimiento, y los grandes eruditos, procurando imitarla, comparaba los obispos del Concilio con figuras de teatro de niños; con polichinelas de cartón, movidas por los hilillos jesuíticos. Al obispo incierto se le halagaba, al tibio se le reconvenía, al amigo se le hechizaba con favores continuos y adulaciones inacabables, al enemigo se le amenazaba con los rayos de la cólera pontificia. El Papa que tiene la manía de los discursos, pronunciábalos á cada coyuntura oportuna é inoportuna; y este discurso era una sátira, aquel una amenaza, el de más aquí un elogio, el de más allá una censura, pero todos igualmente encaminados á recabar su divina infalibilidad. A uno de los armenios, de los obispos orientales, que había negado el dogma apetecido, le recibió con tales palabras y ademanes, en cólera tan grande montado, con ira tan ruidosa y profunda, que cayó enfermo el buen oriental, pues creyó verse hasta abofeteado por el Papa. Ya presentía el Patriarca de Constantinopla que se trataba de la apoteosis de un hombre, y no de la renovación de una Iglesia cuando á la carta del Papa en que pedía la unión de todos para contrastar el espíritu anti-religioso del siglo; en que trataba de la armonía, como en el Concilio de Florencia, como en aquella época en que se reconciliaban la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente; á una carta así contestaba con una negativa rotunda. Hora oportuna aquella para ha-

B.

ber llamado á todas las Iglesias; para haberlas reunido en la ciudad que encierra dentro de sus horizontes los dos hemisferios de la historia; ante las obras del arte que manan la miel de la inspiración y prestan savia al talento; sobre el ara de las catacumbas donde espiraron los mártires sublimes de la renovación del espíritu humano; y allí, en aquel Sinaí del pensamiento religioso, haber dictado á la luz de las nuevas ideas, la sencilla religión del porvenir, la religión que comprendía sus dogmas en los dos fundamentales de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma, completados por una moral purísima que suspire desinteresado amor al bien solo por ser bien, y de esta suerte, hubiera rayado en nuestros horizontes el día santo por excelencia de la historia moderna, el día en que las diferencias de razas, de Iglesias, de nacionalidades se borraba completamente de Dios para aguardar á que después se borraran por completo también en el seno del derecho.

Pero llamar los obispos de la cristiandad á consagrar el absolutismo de un hombre, aunque este hombre fuese un Papa, era espectáculo en tal manera contrario el sentido común humano, que iba á producir un verdadero escándalo. Almas grandes, de esas que brillan como meteoro, en el seno de las instituciones decadentes, se afligieron y protestaron; pero se afligieron y protestaron en vano. Un día estaba el Concilio entregado á sus ocupaciones rutinarias con esa soñolencia que se apodera de las grandes reuniones en sus trabajos ordinarios. Si algún observador imparcial, en aquel momento lo estudiara, comprendiera que en ningún modo se trataba de una Asamblea, sino de una Corte. En un costado levántase San Pedro, el antiguo ídolo pagano transformado según la tradición vulgar en el príncipe de los apóstoles; la estatua grosera de la Edad Media en realidad, cuyos pies ha mellado á besos la secular superstición; aquella efigie del fundador de la autoridad pontificia con su tiara terminada por esplenden-

17